

la leyenda negra, pero a través del método de enaltecer la evangelización española ante la puritana, misma que fracasó con el consecuente abandono de los indios a los que no se creyó pudieran ser dignos de elección. Es muy probable que sea también a Ortega a quien se refiere Landes cuando critica a los que creyeron defender la colonización española denunciando los abusos de la anglosajona, poniendo al descubierto, como realmente lo hizo Ortega y Medina, la “crueldad e hipocresía” de los puritanos, como bien dice Landes.

Dado que el libro parece más bien dirigido a aquellos que son pobres porque neciamente no han querido ser como los ricos, Landes cree que el problema de los latinoamericanos es que descendemos “de los victimarios y de sus víctimas y no sabe[mos] con quién están nuestras simpatías”. Es decepcionante ver cómo todo el esfuerzo por arribar a la explicación de un problema tan acuciante, el de la diferencia de riqueza entre los pueblos, basado en un erudito estudio de los avances tecnológicos, se malogre debido a que el autor parece no poder desprenderse de una visión valorativa moral a la que recurre para explicar la desigualdad existente, quedándose en un nivel en el que todo análisis económico riguroso está de sobra porque la respuesta ya estaba dada desde los inicios de la civilización: a los que trabajan con orden y constancia los dioses los recompensan copiosamente.

María Cristina GONZÁLEZ ORTIZ

Virginia Guedea, *En busca de un gobierno alterno: los Guadalupe de México*. México, IIH-UNAM (Serie Historia Novohispana/46, Seminario de Rebeliones y Revoluciones en México) (1992), 412 p.

Desde su tesis de licenciatura titulada *Criollos y peninsulares en 1808: dos puntos de vista sobre lo español*, UIA, 1964, la doctora Virginia Guedea se ha preocupado por el periodo quizá más espinoso de la historia nacional, y sobre el que se ha vertido más tinta. Periodo equiparable en sus características historiográficas al correspondiente a la Revolución de 1910 y su etapa inmediata: la coyuntura de inauguración de México como proyecto de país; es decir, el proceso que de 1808 a 1821 culminaría con la independencia política. Una cronología de José Ma. Morelos (IIH-UNAM, 1981); un estudio sobre los seis años de insurgencia en la región de los Llanos de Apan y la Sierra de

Puebla (IIH-UNAM, 1996); además de artículos sobre el control político en la ciudad de México; los milicianos indígenas de las parcialidades; los procesos electorales insurgentes y otros temas forman parte de la labor historiográfica de la doctora Guedea relativos al periodo. Junto a estos temas realizó otros trabajos centrados en la medicina, en la prensa novohispana o en la historiografía. Participó también como coordinadora y editora de trabajos relacionados con la organización y liderazgo de los movimientos populares novohispanos (IIH-UNAM, 1992) y en una guía de los impresos del periodo (IIH-UNAM, 1990); fue prologuista del *Prontuario de insurgentes* (CESU-UNAM, 1995) y de los *Apuntes..., o cartas...* del viajero español de origen irlandés Tomás de Comyn, escritas en la Nueva España entre 1811 y 1814 (CNCA- Siquisiri, 1996), por citar algunos trabajos. El texto que reseño a continuación es la adaptación al libro de la tesis que para la obtención del doctorado presentó la investigadora a finales de los años ochenta en la UNAM.

El tema del libro, como sugiriera don Ernesto de la Torre Villar en el prólogo (1985) a la segunda edición de su obra *Los Guadalupe y la independencia...*, (1a. ed., 1966), podría muy bien prestarse para escribir una novela de espionaje e intriga: la sociedad secreta de Los Guadalupe de México y su relación con la insurgencia. No obstante, el lector que decida incursionar en las páginas del libro de Guedea encontrará que la historiadora optó por realizar una investigación, en la cual esta sociedad secreta no es estudiada como un fenómeno en sí mismo, al interior de la gesta emancipadora, sino como una puerta para la comprensión del comportamiento del amplio sector urbano —el tradicionalmente catalogado como criollo—, que, inmerso en un proceso de politización y de frente a hechos inobjetables —la existencia de un conflicto armado en la Nueva España y las transformaciones políticas en la vieja España—, pensó, respondió y actuó. Historia política, de relaciones, donde ésta es abordada desde un sentido más lato que el del paradigma definido por el doctor Álvaro Matute —lo político como las relaciones sociales implicadas en las estructuras de poder—; comprendiendo Guedea lo político como la acción de sectores sociales en el emergente, en este caso particular, espacio moderno de lo público.

Guedea realizó su investigación en el marco de una nascente necesidad historiográfica por revisar de manera reflexiva, este proceso clave, considerado tradicionalmente como fundacional en la

historia mexicana. Baste decir aquí, para comprender la dinámica historiográfica en la cual se inscribe el trabajo de Guedea, que la década de los años noventa ha visto la profusión de trabajos sobre el periodo, así como un número creciente de historiadores mexicanos interesados en aportar perspectivas distintas para su estudio, desde diversas corrientes. ¿En qué radica esta diferencia? Fundamentalmente, en un cambio de preguntas; la revisión hecha entre las décadas de los cincuenta y los setenta sobre el proceso de 1808-1821 ofreció básicamente un acercamiento más profundo a las causas del conflicto armado, sus fases, la composición social de los grupos implicados directamente en la lucha, los contenidos ideológicos y la experiencia de los diputados en la escuela política gaditana. Las obras de Villoro, Hamnett, Benson, Tutino, Anna, Hamill, Lynch o Waddell exploraron estos asuntos y son, indiscutiblemente hoy, clásicos en la historiografía de la Independencia. Sin embargo, la cuestión prevaleció centrada en una visión dicotómica de dos grupos enfrentados: insurgentes *versus* realistas o, de manera más simplista, criollos *versus* peninsulares. ¿Acaso los sectores no beligerantes de la sociedad permanecieron al margen, o, desde su no beligerancia, avalaron incondicional y maniqueamente una u otra postura? ¿Actuaron de manera distinta? ¿Cómo? ¿Hubo términos medios, es decir, proyectos alternativos a los claramente enfrentados a través de las armas? ¿Qué tanto estos sectores no abiertamente beligerantes influyeron con sus acciones en la evolución del conflicto?

Para Guedea, es posible responder a estas interrogantes mediante el estudio del comportamiento de los grupos sociales que habitan el ámbito ideal de la acción política: el espacio urbano. Sin embargo en el periodo específico y en las condiciones propias de la Nueva España, el hacer política en un sentido moderno se vio constreñido a la acción velada, al secreto; a las asociaciones que, agrupando a miembros de diferentes sustratos socioecómicos a partir de los espacios de sociabilidad (las tertulias), habían constituido un lugar en el que, a puerta cerrada, opinaban, discutían, evaluaban la posibilidad de obtener mayores márgenes de acción frente a un régimen cada vez más intransigente y proyectaban acciones para afianzar sus posiciones y resguardar sus intereses. Porque, como lo demostró la experiencia de septiembre de 1808, el hacer política moderna de manera abierta exponía al peligro del secuestro. No está por demás recordar aquí que las sociedades secretas y la política fueron un binomio clave en el

ulterior desarrollo de la vida del México independiente. Son éstas las razones a las que responde la obra de la historiadora.

Previamente a la investigación de Guedea, la sociedad secreta de Los Guadalupes acaparó la atención de varios investigadores atraídos por las discontinuas referencias que a ellos hicieron los escritores decimonónicos, quienes abordaron el tema de las “revoluciones” de principios de su siglo, como Zerecero, Alamán, Mora, Bustamante o del Castillo Negrete; referencias que se repitieron en los historiadores que abordaron en lo general temas de la Independencia como Teja Zabre o James Manger en la década de los cuarenta. Mas la duda prevalecía: ¿quiénes eran y qué hicieron estos misteriosos personajes? En 1950, W. H. Timmons publicó un conciso artículo en el que ensaya la cronología de las acciones de esta sociedad desde los meses posteriores al levantamiento de septiembre de 1810 hasta los arrestos realizados por Calleja a principios de 1815. Estos “héroes olvidados”, como los llama Timmons, habrían tenido para él básicamente la función de espías al servicio de la causa independentista, y esta misma visión prevalece en las partes dedicadas a Los Guadalupes de su obra sobre Morelos. Una década más tarde, el doctor José Miranda recopiló la correspondencia de Los Guadalupes existente en el Archivo General de Indias, la cual no llegó a publicarse entonces; en 1966 Ernesto de la Torre Villar publicó la correspondencia dirigida a Morelos por Los Guadalupes, tomada a aquél por los realistas en Tlacotepec, con un estudio preliminar cercano a la reconstrucción cronológica y a la visión de Timmons.

En la década de los ochenta, Viginia Guedea comenzó a estudiar la composición de este grupo y publicó un corto artículo “Los Guadalupes de México” en *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, [VI:23 (1985), p. 71-91], en el que adelantaba el estado de la investigación. Partiendo de las múltiples referencias y las fuentes reunidas sobre la sociedad por los investigadores precedentes, Guedea se dedicó a rastrear otros cuerpos documentales que permitiesen exponer una mejor idea de las actividades de Los Guadalupes como grupo; de aquellos individuos que, expresamente, las fuentes habían señalado como miembros; también de otros personajes no señalados como “guadalupes”, pero cuyas actividades estuvieron relacionadas con las de la sociedad secreta. Con la localización de correspondencia de los integrantes de la sociedad con los insurgentes, la documentación sobre la participación de sus miembros en los procesos electo-

rales, llevados a cabo en la ciudad de México y ordenados por el constitucionalismo gaditano, y la documentación de las causas y procesos seguidos contra algunos de ellos por el gobierno virreinal, Guedea logró ampliar las fuentes de información para contrastar y enriquecer lo que sabíamos acerca de Los Guadalupes. Con ello, a la vez, propone una interpretación distinta, fresca, de cómo se vivieron en la ciudad de México estos años de inestabilidad, permitiéndonos salir de la acartonada interpretación *revolución-contrarrevolución*. De tal manera que, aunque expresamente Guedea nos informa que su libro trata sobre el surgimiento de la sociedad secreta, sus propósitos y los individuos involucrados en las acciones, por el método adoptado de descripción densa, nos ofrece un análisis fino de las situaciones por las que atravesaron individuos y grupos corporativos (el Colegio de Abogados, el Ayuntamiento), desde el inicio de la crisis de autoridad del gobierno colonial novohispano en 1808 (causada por la invasión napoleónica a la península ibérica), hasta la desarticulación del grupo en 1814 (como consecuencia de la desaparición, por una parte, de la opción constitucional con la restauración de Fernando VII; por otra parte, de la insurgencia organizada políticamente en un centro, con la muerte de Morelos), perfilando, incluso, los puntos de inserción de algunos de sus miembros en el renacimiento constitucional de 1820 o la inauguración de un nuevo país independiente en 1821.

El papel del espacio urbano en la conformación de grupos como el de Los Guadalupes es clave. Se explica por la confluencia en él tanto de los cuerpos de decisión política y administrativa, con la consecuente concentración de información, como de los espacios de sociabilidad, que en este caso particular estará compuesto tanto de cuerpos tradicionales (cuerpos colegiados, cofradías) como modernos espacios públicos de reunión (tertulias, cafés) y otros tradicionales (mercados, paseos). Esto permite a la vez, el conocimiento de información sobre decisiones y asuntos de gobierno, y la integración de grupos amplios alrededor de intereses comunes, que comparten una postura respecto a esa información. Para comprender la conformación de la sociedad de Los Guadalupes, netamente urbana y capitalina, se hace necesario remontarse a los acontecimientos ocurridos en la ciudad de México a finales de 1808, con objeto de entender el punto de partida de las acciones políticas de los grupos con intereses en común que se fueron creando. La ruptura de la legitimidad

causada por la crisis política ibérica y acentuada por el golpe de Yermo, con la consecuente pérdida de la autoridad gubernamental, crea un abanico de respuestas que fueron desde el descontento y la crítica hasta proyectos de autonomía. Posturas que fueron evolucionando también de ser expresiones individuales hasta conjuras organizadas, derivando en el transcurso de dos años a la ruptura abierta con el orden establecido.

Mas la violencia con la que la insurgencia irrumpió a fines 1810, si bien no significó una propuesta viable para muchos inconformes y críticos del régimen, llevó a otros a intentar una mejor organización con objeto de auxiliar al movimiento. Al transformarse éste en 1811 y comenzar a proponer una dirección centralizada y desarrollar elementos políticos para la constitución de un gobierno alterno, fue evaluado por algunos ciudadanos autonomistas como una opción a la que habría que canalizar ayuda: información, recursos humanos de apoyo para la organización política y de difusión (imprentas). Pero el apoyo a la Suprema Junta y, posteriormente, al Congreso de Chilpancingo, fue mediado con acciones que tendieron a lograr también una mayor acción política dentro de los espacios establecidos del régimen, lo cual significó para este grupo de intereses urbanos, no plantear una ruptura abierta con el gobierno. Ejemplos de ello fueron los intentos (fracasados) por lograr una entrevista entre Rayón y Venegas o un acercamiento con Calleja, antes de que éste asumiera la investidura virreinal. Otros ejemplos exitosos en este caso fueron la participación y las acciones instrumentadas para controlar las elecciones del Ayuntamiento constitucional a fines de 1812, y de las elecciones para diputados a Cortes en 1813, así como el uso de la palabra impresa durante la efímera libertad de imprenta decretada por el constitucionalismo gaditano. Acciones que si bien causaron la irritación de aquellos colocados en las secciones ultramontanas de la posición inclinada a la ruptura con el régimen (piénsese en los términos con los que se referían éstos a Los Guadalupes: “hojalateros” y “equilibristas”), nos demuestran una capacidad de organización, de movilidad y acción que nos habla, a su vez, de una extensa comunión de intereses sociales diversos.

Un elemento muy bien logrado en el trabajo de Guedea corresponde al análisis de los mecanismos de organización que articularon a diversos sectores de la sociedad urbana alrededor de un núcleo organizativo pequeño. La base social de acción de Los Guadalupes,

“Serpentones”, “Serafina Rosier”, “Onofres” o “números 12” (seudónimos relacionados con la sociedad política secreta de la ciudad de México), va desde las relaciones profesionales —abogados, principalmente—, las relaciones familiares, amorosas, de compadrazgo, de amistad, hasta las clientelares. Una base sólida que permitió, por una parte, la incorporación de individuos que sin vínculos previos poseían intereses comunes; por otra, la concertación de acciones de individuos o colectividades con diversos intereses: partidarios de la insurgencia, autonomistas, antiguos regidores, gente que eventualmente prestaba algún servicio con objeto de molestar al régimen, descontentos; hasta miembros de las parcialidades indígenas que vieron en peligro su estatus jurídico con las transformaciones políticas de la península; y, finalmente, el establecimiento de vías de comunicación y tránsito de recursos a partir de relaciones familiares y clientelares de individuos de la sociedad secreta con individuos de las zonas insurgentes cercanas a la capital.

Al analizar de esta manera la conformación de la sociedad secreta de Los Guadalupe, sus bases sociales y su amplitud y flexibilidad de acción, Guedea aporta elementos y matices muy importantes para el debate de una extendida interpretación de la guerra de Independencia que ha considerado a las ciudades como islas pacíficas en medio de la tormenta de la insurrección rural.

*En busca de un gobierno alterno...* es, pues, un obra historiográfica que nos devuelve la historia un poco más como lo que es la vida: alejada de esquemas maniqueos, héroes y heroínas que tenían por deber teleológico hacer la independencia y darnos patria. Una historia más cercana a los individuos de carne y hueso que viven ciertas circunstancias en su ámbito social y se identifican por intereses e ideas comunes. Esto, aunado a la elección de la historiadora por presentar la investigación bajo un esquema cronológico, obliga a un intenso seguimiento de ida y vuelta, por parte del lector, de los acontecimientos y personajes a lo largo de 358 páginas de texto, labor en la cual es apoyado por un cuadro final con los nombres, vínculos, profesiones y actividades de cuarenta y cinco individuos (mujeres [3] y hombres [42]) relacionados con la sociedad de Los Guadalupe, y una escritura fluida, a pesar de ser meticulosamente descriptiva.